

santiaguinos, porque Alone no mencionó al señor Salas Errázuriz en su *Literatura Personal*; don Clovis Montero Cornejo, el más grande orador sagrado de nuestro siglo; Monseñor Oscar Larson, conferenciante ameno y agudo, y periodista vigoroso e incisivo; y Bernardo Cruz Adler, malogrado poeta, crítico literario y ensayista. El señor Montes reconoce, en la página 57, que en el "período anterior a la Independencia, la Iglesia merece ocupar un lugar destacado en la literatura nacional". Muy bien; pero no olvidemos que los únicos valores literarios de la Colonia son eclesiásticos. ¿Qué sería de la literatura de los siglos XVII y XVIII sin los padres jesuitas Ovalle, Rosales, Molina, Olivares y Lacunza?

Con la misma razón que los autores silencian los nombres de Joaquín Larraín Gandarillas, Juan Rafael Salas Errázuriz y Guillermo Jünemann, pudieron callar los de Emilio Vaisse, Pedro Nolasco Cruz y Eduardo Solar Correa. Aquéllos, indiscutiblemente, son tanto o más grandes humanistas que éstos.

Hay que conformarse con la realidad: el clero chileno ha sido relegado de la literatura nacional. Los señores Contardo y Donoso, muy disminuidos por los autores, aparecen en esta obra como los parientes pobres de las letras chilenas. ¡Loado sea Dios! ¡Desafortunada literatura la de un país que se enorgullece sólo de sus autores superficiales y en cuyas obras si existe algún aliento de creación artística, falta esa dignidad y nobleza que otorgan la recia cultura del escritor y sin la cual esas producciones están condenadas al olvido!—
Fidel Araneda Bravo.

■

"MISIÓN EN CHILE", de *Claude G. Bowers*

He leído en un día, casi sin detenerme, el libro de Claude G. Bowers *Misión en Chile*, que acaba de publicar la Editorial del Pacífico en una buena traducción de Guillermo Blanco. Por costumbre leo siempre con parsimonia —acaso excesiva— y por eso al tér-

mino de estas 389 páginas siento que algo extraño me ha forzado a no detenerme y a leer con esta impaciencia.

Mi primer pensamiento al terminar la lectura es sentirme impulsado por el deber de comentar este libro cuyo apasionante contenido me ha desconcertado. Pero todo esto supone algunas explicaciones previas.

Conocí a Claude Bowers el año 1940 en un viaje que hizo a Concepción; más tarde estuve con él varias veces en actos oficiales en Santiago. No hablaba español y siempre pensé, juzgándolo con ese rápido juicio de las apariencias (del que tanto abusamos y que nos hace errar tanto), que se trataba de un hombre frío, un poco aburrido, e indiferente por todo lo nuestro. Por eso me causó cierta sorpresa que en el año 1949 el gobierno de Chile otorgara al señor Bowers la más alta condecoración nacional al cumplir diez años como Embajador. La "Razón de Estado" me hizo justificar —pero sólo a medias— esta extraña distinción.

Teniendo ésta tan mala como errada impresión del autor, he comenzado a leer el libro sobre su permanencia en Chile durante catorce años. Como sabía que es historiador, esperé encontrar "algo" interesante en medio de los oficios, circulares, notas y "cosas oficiales" y deshumanizadas que seguramente se resumirían en el libro, o "archivo impreso" por mejor decir.

Pero... nada más falso que todas mis suposiciones. Es un libro humano, escrito con tanto amor a esta tierra chilena, que he sentido rubor, vergüenza de mi ligereza para prejuzgar. A este sentimiento se ha unido el de admiración a un valor intelectual superior. No es un "Excmo. señor Embajador" que haya "oficiado" catorce años en Chile, sino un pensador que ha vivido catorce años en un pueblo, con un profundo sentido de solidaridad humana y agradecida de la cordialidad de sus gentes. Y cómo nos ha estudiado y qué bien conoce nuestra idiosincrasia. Hay en cada página una observación atinada, un hecho de interés, un recuerdo cordial. De aquí mi deber moral de hacer un comentario a este libro.

Sin duda en este siglo "los últimos años" han ido siendo cada

vez los más interesantes. Por eso esta obra pinta los tres lustros de más interés y más ricos en sucesos que ha vivido Chile. Con criterio objetivo relata esos espantosos largos meses del comienzo de la segunda guerra mundial en que el totalitarismo y la democracia o el comunismo y la democracia luchaban por inclinar a nuestro gobierno por uno u otro camino. Prueba con hechos irrefutables su firme convicción en la democracia del pueblo chileno; y no sólo justifica sino que valoriza la consciente y reposada actitud del gobierno de Chile antes de tomar una determinación definitiva. Y agrega que esta firme posición la mantuvo Chile a pesar “de la incomprensión de la prensa norteamericana que ovacionaba a los dictadores americanos por sus actos arbitrarios en favor de Estados Unidos —con los préstamos y arrendamientos colgando delante de ellos como premio— y censuraba a la democracia chilena por seguir los procedimientos prescritos por la ley”. Es decir, el Embajador de Norteamérica apreciaba y respetaba más nuestra actitud, aunque significara demora por procedimientos democráticos, que la precipitación interesada de algunos dictadores que prescindían de la verdadera opinión nacional para lograr beneficios pecuniarios.

Este libro tan rico en acontecimientos y sucesos de política internacional contiene también una muy certera descripción objetiva de lo más señero que tiene el país, ya sea en sus instituciones fundamentales, en su educación, en sus recursos naturales, en su industria o en sus valores humanos. Incluso juzga con acierto la producción literaria chilena, tanto del pasado como del presente. Hay sin duda omisiones y juicios discutibles, pero es en todo caso impresionante observar cómo un hombre tan lleno de preocupaciones por el importante cargo que ocupaba, que ha debido perder tantas horas en las triviales reuniones sociales —a las que más de una vez alude con fastidio en su libro—, ha podido tener una visión tan completa de todo lo nuestro en lo que viene a ser un corto espacio de catorce años.

Tiene además la obra el apasionante interés de la aguda revista que nos ofrece de los principales personajes de Chile de esa época.

En el plano nacional, con cuánto cariño, respeto y certeros juicios se refiere a Arturo Alessandri, a Pedro Aguirre, al Cardenal José María Caro, a Juan Antonio Ríos, etc. Y cuando nos revela que Roosevelt estaba tan vivamente interesado por nuestra política y que Truman sigue con este mismo interés, y cuando transcribe algunas notas que dirigió a su gobierno, no sabemos bien si se trata del Embajador norteamericano o de un representante nuestro ante la Casa Blanca.

Pero es inútil seguir: en el libro, como dijimos, se resumen los catorce años más intensos que ha vivido Chile y en tan apretada síntesis, que es imposible extractarlos en este comentario. Su amor a Chile es constante en cada página. Un libro así sólo ha podido ser escrito inspirado por un sentimiento puro de un corazón bien puesto.

Cuenta al final que en su último día en Chile pasó a visitar la Librería Mackenzie de Valparaíso, en la que había hojeado libros y revistas tantas veces, y encontró los anaqueles vacíos porque se había producido la liquidación de esta vieja librería y agrega: “nos entristeció el fin de este viejo hito que tanto significaba para nosotros por tantos años y dimos nuestra última mirada a la tienda a través de los estantes vacíos, como un doliente en un funeral”. En seguida, “a medida que el barco iniciaba el viaje hacia la patria y la ciudad comenzaba a borrarse en la distancia, convinimos en que nunca habíamos sido tan felices ni estado entre tantos amigos, como en esta encantadora tierra entre las montañas y el mar”.

Pienso que este libro será la más fuerte y la más honda “penetración” norteamericana en el alma de los chilenos.—A. L.



“LA CALETA”, de Leoncio Guerrero. Zig-Zag

El autor llegó a Santiago desde Constitución y ha conservado de sus lares ribereños en el río Maule, cierta lentitud y gracejo, algo como una suave desconfianza no reñida con el buen humor, con la disposición contemplativa hacia los habitantes de la gran urbe. Este